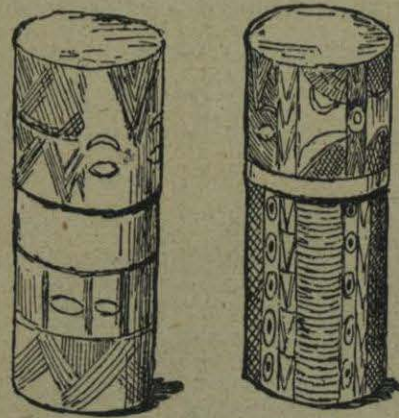


bitantes actuales<sup>1</sup>; pero sus esculturas, muy groseras e incompletas, no pueden suministrar indicaciones muy precisas, y muchos antropólogos hacen sus reservas acerca de esas tentativas de identificación entre las razas prehistóricas y las razas actuales. Juzgando sólo por su industria y el género de existencia que revela, los «Magdalenianos» del Vezere y del Dordoña parecen tener tal semejanza con los Lapones o Esquimales o Innuits de nuestros días,



CAJAS DE MARFIL ESCULPIDO (GOWE)  
Congo francés.

que varios sabios han visto en esos habitantes de la Escandinavia septentrional y del «Gran Norte» americano los descendientes de las poblaciones prehistóricas de la Galia. Rechazados incesantemente hacia el Norte por el cambio de clima que fundía los hielos y las nieves, los Magdalenianos, resto único



CONCHA DE LAS ISLAS  
SALOMÓN

en que están esculpidos ornamentos que representan una cara: los ojos están formados por dos aves y los dientes por sus alas.

de naciones en otro tiempo considerables, seguirían a los renos hacia las regiones polares, cuyos contornos geográficos, diferentes de las líneas actuales, facilitaban el paso de uno a otro continente. Ludwig Wilsen, el célebre autor de los *Germanen*, expone cómo, según él, los hombres de Cro-Magnon, rechazados a la Escandinavia meridional, recibieron allí el bautismo fortificante del clima y se transformaron en una raza esencialmente privilegiada, la de los Arios, que después han civilizado el mundo<sup>2</sup>.

El estudio de los antiguos marfiles permite también darse cuenta de cuáles eran la caza del primitivo y sus asociados entre todos los animales que esculpió o grabó el sílex de los artistas. Así se sabe que en la época de Solutré, todavía durante el período paleolítico o de la piedra tosca, el caballo estaba domesticado, a lo menos para aprovechar su carne, puesto que se le

<sup>1</sup> Ed. Piette, *Bull. de la Soc. d'Anthr.*, sesión de 3 de mayo 1894.

<sup>2</sup> *Globus*, 13 abril 1905.

representa con su cabestro, primero en escultura, en bajorrelieve, después en rasgos grabados.

Después, en la época cervidiana, cuando el clima se hizo más húmedo y la duración de las nieves obligó a dejar el caballo, se domesticó el reno. Por último, cuando las lluvias sucedieron



UNA CHOZA DECORADA EN EL LUGAR DE APATOE  
(INDIA NEERLANDESA)

De una fotografía holandesa.

a las nieves, los aborígenes aprendieron a domesticar una especie de buey, revestido de una cubierta o ceñido de una amplia cincha<sup>1</sup>.

Junto a la pintura propiamente dicha, que representaba personajes y objetos de la naturaleza circundante, los primitivos practicaban también la simple decoración por medio de figuras diversas, de colores de matices sencillos, de líneas rectas o curvas, sencillas o entrecruzadas. A este respecto se observa entre las tribus un desarrollo artístico mayor o menor según el nú-

<sup>1</sup> E. Piette, memoria citada.



mero de las formas de ornamentación que han sabido descubrir. Los australianos primitivos no se habían elevado hasta el conocimiento de la espira o de la greca<sup>1</sup>; los negros no influidos por los musulmanes ignoran también las espiras y las volutas, en tanto que los polinesios y los americanos, aun aquellos que por la civilización general son muy inferiores a los africanos, poseen un arte ornamental de una evolución muy avanzada; los salvajes de la Guyana y del Amazonas conocen la espira y la greca, les agradan las figuras polígonas, saben entrelazar las formas, ocultarlas, escribir las unas en las otras de una manera muy compleja. Por medio de la alternativa y del doble plano de simetría, obtienen dibujos que agradan tanto a la vista como el arte árabe<sup>2</sup>. Como hubiera podido citarse de antemano, la gran variedad de las formas exteriores en el mundo de las plantas, de las aves y de las conchas contribuye singularmente a desarrollar el gusto artístico de los indígenas. Los Papuas de la Nueva Guinea, bañados en el medio de la más suntuosa naturaleza, saben adornar maravillosamente sus instrumentos y sus cabañas de modo que apasionan a los antropólogos<sup>3</sup>.

En la época magdaleniana, la que los prehistoriadores citan más frecuentemente por sus producciones de arte, los elementos geométricos de la ornamentación son todavía muy rudos: los grandes progresos comienzan a manifestarse con la época del bronce.

Entre los instrumentos que se encuentran en las excavaciones de las residencias primitivas y que subsisten todavía entre los pueblos atrasados, hay varios que se destinan a alegrar los ocios con la música, acompañada del ritmo de los movimientos corporales y de los pasos, pero en las grutas no se ha encontrado más que un solo instrumento musical propiamente dicho, el silbato<sup>4</sup>. Buscando los orígenes de este arte, hemos de remontarnos al mundo de las aves, en que algunas se hallan maravillosamente dotadas para el canto, y en el que varios géneros a lo menos, entre otras diversas especies de grullas, practican muy graciosamente y con extrema habilidad, la

<sup>1</sup> Brough Smith;—F. Regnault, *Bull. de la Soc. d'Anthropologie* feb. VI, pág. 536.

<sup>2</sup> F. Regnault, memoria citada, pág. 540.

<sup>3</sup> De Clercq, *Ethnographie de la Nouvelle-Guinée hollandaise*.

<sup>4</sup> Ch. Letourneau, *Evolution littéraire*, pág. 308.



MÚSICOS DE BA GOBO

De una fotografía.

danza. Sabemos que muchos animales son muy sensibles a la música bajo sus diversas formas, aun como simple medida, y que más de un prisionero ha podido de ese modo encantar arañas, ratas y otros compañeros de cautiverio. Por las dulces modulaciones de la voz, del silbido y los instrumentos de viento, el hombre atrae las serpientes y las hace balancearse rítmicamente sobre la cola. La ruidosa música militar arrastra consigo los caballos, y, según los Mongoles, un violinista que saca de su instrumento sonidos lastimosos, hace correr lágrimas por los ojos del camello<sup>1</sup>.

No hay leyenda más verdadera que la de Orfeo, cuya lira hace salir las fieras de sus madrigueras, las cambia en fraternales com-

<sup>1</sup> James Gilmour, *Mongols*, 1-53.



pañeras del hombre y llega hasta dar vida durmiente a la piedra para transformar los peñascos en murallas que por sí mismas se yuxtaponen y se erigen en ciudades. Orfeo es una personificación perfecta del arte en las edades prehistóricas, y podemos afirmar con toda certidumbre que su lira ha hecho más para el progreso humano que la maza de Hércules. No sabemos lo que resta de aquellas lejanas épocas, pero no puede dudarse que los aires silbados por el campesino que lleva el ganado al abrevadero y la mayor parte de los ritmos campesinos a que se adaptan nuevas palabras de siglo en siglo y de país en país son una herencia de los tiempos anteriores a la historia. ¿Y qué son los cantos sino los moderadores de las pasiones, los ordenadores de la vida diaria y los reguladores del pensamiento y de la acción? Con la danza, la pantomima y los cuentos de formas tradicionales, los cantos fueron en todas partes el principio de la literatura; por ellos se inició la humanidad en las artes.

Desde las primeras edades, la música, cuyos progresos han sido tan portentosos en la expresión de los sentimientos y en la evocación del ideal humano, ha perdido mucho, sin embargo, como auxiliar del trabajo en todas las ocupaciones ordenadas de la vida, y apenas si todavía se canta aquí o allá para algunos trabajos de fuerza, como la virada del cabrestante a bordo de los grandes barcos, o el amasado del pan en algunas tahonas de provincias; casi en todas partes, el ritmo de los pistones, de las bielas y de las ruedas ha reemplazado al canto del hombre y al sonido de la flauta o del violín. La mujer no canta ya haciendo girar el huso; el ruido de las máquinas cubriría ahora su voz en el estruendo de la filatura. Antiguamente se acompañaban las operaciones dolorosas con una cantinela que adormecía el sufrimiento: el taraceo, la circuncisión y la infibulación hacían sufrir menos al paciente por la dulce cadencia de las voces<sup>1</sup>, y, durante las ceremonias fúnebres, ascendían y descendían alternativamente los lamentos rítmicos de las plañideras; elevándose y bajando sucesivamente, mecían y calmaban la desesperación o la amargura del duelo. Frecuentemente la música no servía sino para adormecer el pensamiento, para cambiar el estado consciente del hombre en una vaga in-

<sup>1</sup> Karl Bücher, *Arbeit und Rhythmus*.

consciencia, dejando solamente la agradable impresión de vivir: así es como el negro toca su tam-tam o su marimba. El indígena se comunicaba también con sus amigos lejanos; se entretenía con ellos, sabiendo que el golpe de su tambor era comprendido a lo lejos por un compañero o por su amada<sup>1</sup>.

Cuando los misioneros jesuitas, profundos conocedores del corazón humano, subían o bajaban por las márgenes de los ríos de América, cantaban constantemente, a la cadencia de los remeros, sus más vehementes y armoniosos himnos, esperando que los indios, ocultos en las espesuras de la orilla, serían sensibles al encanto de sus voces: la obra de conversión que dió por resultado la fundación de la comunidad teocrática del Paraguay, comenzó por cantos cuyo eco repercutía de playa en playa por las soledades fluviales. Desde aquella época, no pocos viajeros, a quienes sus armas perfeccionadas no hubiesen salvado, han debido la vida a su caja de música, a su acordeón y hasta a una simple trompeta<sup>2</sup>.

Wo man singt, da lass dich ruhig nieder  
Böse Menschen haben keine Lieder<sup>3</sup>.

Cuando los negros esclavos, que hablaban los idiomas más diversos, hubieron sido transportados a las plantaciones americanas, desde todas las comarcas de Africa, pronto perdieron el uso de los acentos maternos y aun entre ellos se vieron obligados a emplear la lengua de sus amos; por lo mismo se encontraron sin voz en sus relaciones con los indígenas del Nuevo Mundo en los lugares donde éstos no habían sido exterminados por completo. El odio, hasta el horror, separaron a los representantes de las dos razas, negra y roja: entre oprimidos nacen fácilmente los rencores; agrada vengarse de los ultrajes del poderoso sobre el compañero de sufrimiento. No obstante, en diversas comarcas de América se hizo una reconciliación inconsciente entre las dos razas, gracias a la música. A pesar de la aversión de hombre a hombre los instrumentos africanos se esparcieron en medio de las selvas primitivas; pronto el tam-tam y la marimba reconciliaron a los hombres a quienes la diferen-

<sup>1</sup> E. de Habich, *Vías del Pacífico al Marañón*.

<sup>2</sup> Jacques Arago, *Voyages d'un aveugle autour du monde*.

<sup>3</sup> Adaptación popular de un poema de Seume, 1804: «Detente sin miedo donde te acojan cantares. Al unísono de las voces no hay malhechores».



cia de piel, más aun que la guerra, había hecho odiarse mutuamente. Los *ladinos* de Guatemala, de quienes sorprenderá saber que aprendieron a tocar el instrumento sirviéndoles de maestros los negros despreciados, tocaban con no menos entusiasmo que los negros del Congo, aunque con menos gracia. «El genio artístico, dice Gobineau, nació del enlace de los blancos con los negros».

Además, como lo demuestra el economista Karl Bücher en su memoria sobre el «Trabajo y el Ritmo», la música y la danza han hecho más aún: rimando el trabajo han impulsado al trabajador, le han animado a trabajar bien, le han dado la alegría creadora que renueva incesantemente la iniciativa y la energía. Como factor económico sobre todo ha tenido importancia el ritmo musical en la historia de la civilización. Júzguese por las supervivencias en los trabajos de formas primitivas, en este siglo de máquinas, en que el obrero se convierte en servidor de la madera y del metal, en vez de ser su dominador. El buen trabajador realiza siempre su tarea con ritmo y medida: el herrero se goza haciendo caer y recaer cadenciosamente el martillo sobre el yunque; el carpintero clava los clavos y cepilla las tablas a tiempos iguales; el tonelero hace resonar sus barricas como tambores. Ya el hombre aislado se excita y se complace en el trabajo por el sonido mesurado y regular de su herramienta; hasta el ligero y casi imperceptible rumor que producen las agujas haciendo media o el movimiento de un objeto brillante y silencioso bastan para dar animación al trabajo, para hacer de él una función normal de la vida.

El efecto del ritmo es mucho mayor cuando muchas personas, unidas por una tarea solidaria juntan al ruido mesurado los sonidos de sus herramientas de trabajo; en este caso ninguno entre los obreros puede sustraerse al esfuerzo común; los músculos se distienden por el llamamiento mismo de la cadencia; se trabaja en conjunto y no se puede reposar sino en conjunto. Los empedradores concuerdan siempre las alternativas de sus pisos de hierro o de madera, y por una asimilación de las más naturales les dan el nombre de «señoritas», como si se balanceasen danzando con muchachas bellas sobre el empedrado. Y los trilladores que pronto dejarán de oírse hasta en los más apar-

tados rincones de Europa, habían imaginado, en la sucesión de sus golpes de trillo, siempre tres por tres, un acorde gratisimo al oído, que armonizaba admirablemente con todos los otros ru-



MÚSICOS SUDANESES

De una fotografía.

mores de la Naturaleza, y, sobre todo, en el Mediodía, con el canto de las cigarras.

En los ríos, como en el Océano, los remeros sumergen sus remos y los retiran del agua en un conjunto perfecto, regulado por los movimientos del que tiene la barra, y en los buques, los que izan los cables, los viradores del cabrestante, unen el



efecto armónico de las voces al esfuerzo solidario de los músculos para doblar su fuerza colectiva. Los gritos, los suspiros, los sonidos breves y las notas prolongadas alternan y se suceden armoniosamente, a veces se desarrollan hasta en verdaderos cantos. En la actualidad, los cultivadores de la tierra, en Oriente, cavan la tierra por grupos, sirviéndose de la herramienta, siguiendo una medida que regulaban antiguamente la flauta y el tambor, el canto y la danza de una muchacha en las épocas de libertad y alegría, o el palo y el latigo en las edades de opresiones asirias o faraónicas.

Por último, se mide la marcha del soldado por la caída del paso, el balanceo del cuerpo y el juego alternativo de los músculos: según un proverbio militar frecuentemente sometido a prueba, los soldados ganan las batallas, no por sus armas, sino por sus piernas. Se sabe también que los animales que llevan campanillas o cascabeles, son más resistentes a la fatiga que los que no los usan: la música del cobre que resuena les ayuda al trabajo tanto como el orgullo de haber sido escogidos por el hombre como conductores de rebaños o de recuas; el asno que resuena sus campanillas delante de los caballos tiene algo de Tiroteo. Por todas partes se comprueba, pues, la feliz influencia de ese pulso del trabajo dado por la medida, los sonidos alternados y la música, y por las vías inconscientes de la vida, esta cadencia está determinada sin duda por otro pulso, el ritmo de las arterias, el latido del corazón que ponen en actividad el organismo entero como el vaivén de un pistón en la máquina de vapor.

El primitivo aplicaba también el arte a su propia persona. Existen gregarias en que van desnudos, pero jamás se ha encontrado pueblo alguno que no haya cuidado de adornar su cuerpo, y si la humanidad ha contado aquí o allá seres aislados que no hayan tratado de embellecerse, pertenecen evidentemente a los malditos y a los desesperados. En la vida habitual, antes como ahora, el hombre procura siempre agradar o al menos agradarse.

No posee en su propio organismo recursos semejantes a los del animal, ave, reptil o cuadrúpedo, que se embellece por las plumas o los colores brillantes durante el período del amor. Las alegres miradas, el encanto de la sonrisa, el aire de fuerza y de salud no le bastan: necesita galas y adornos exteriores; no

hay duda que los primitivos cuidan tanto del embellecimiento de su persona como los presumidos de la sociedad civilizada; suelen pasar largas horas elevando el edificio de su cabellera, y la moda para la elección de las plumas, de las espinas, de las cuentas



MALAYO DE LA ISLA PAGAI Y SUS ADORNOS FESTIVOS

y de las telas que han de brillar sobre su cuerpo suele apasionarles más que la caza o la guerra. ¡Con qué cándida piedad se exhibe el salvaje para mostrar en todo su esplendor los colores hermosos, vivos y contrastados con que ha revestido sus miembros! Las tierras grasas, las arcillas, los ocre, y, en las regiones tro-



picales, especialmente en la América del Sud, los frutos que tiñen el cuerpo como el janipabeiro y el achiote, son, entre los objetos de tráfico, los más solicitados. Los adornos y las pinturas no



HOMBRE TATUADO DE MOGEMOK  
(ISLA MACKENSIE, CAROLINAS)  
(Delante)

gen, proclamar su gloria, exponer sus ambiciones, eternizarse en la memoria de los siglos.

El hombre culto de nuestros días tiene su pasaporte, su cédula, su libreta o sus insignias; el hombre de los tiempos pasados ex-

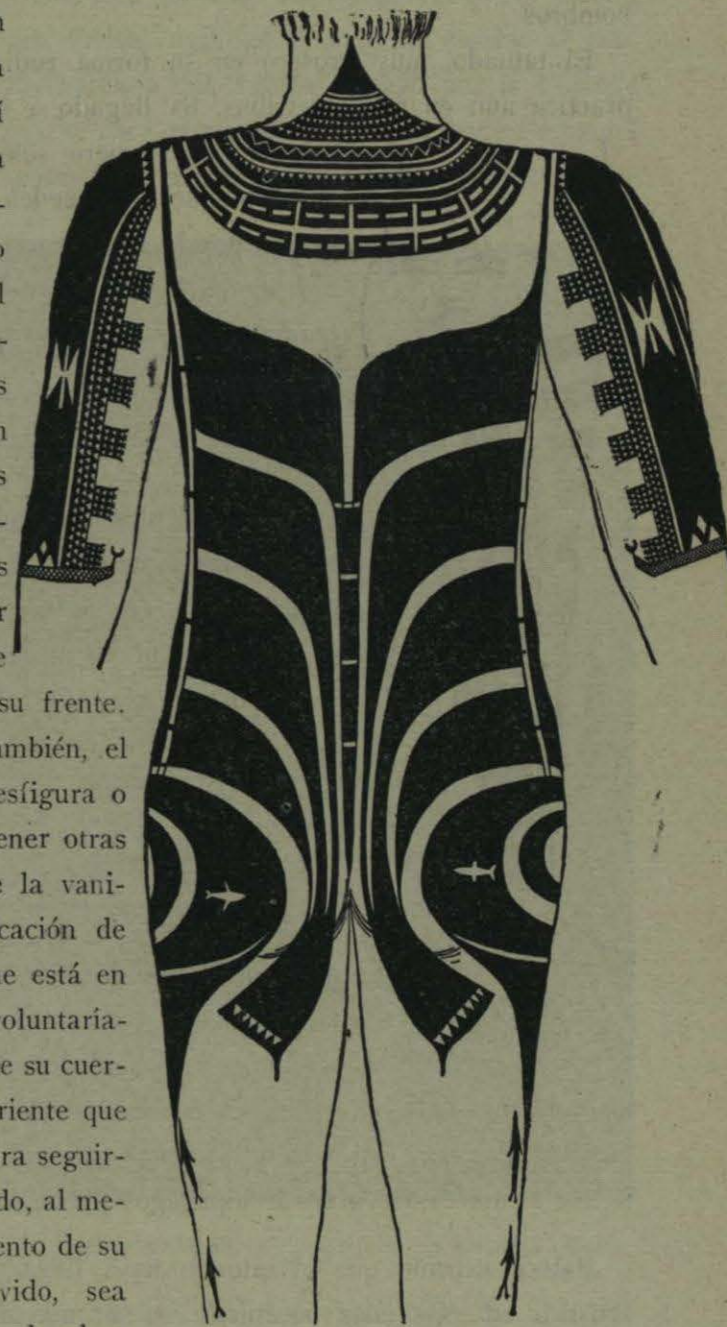
ciñeren sólo según los materiales que suministran ciertos países, sino también según la forma de las cabelleras y el color de los rostros: los artistas juzgan con sabia coquetería el efecto producido por sus artificios. A los medios exteriores de hacerse

bello, o según las ocasiones, terrible, los primitivos añadían y añaden aún, en muchas comarcas, las marcas indelebles del cuerpo: heridas, muescas, escatificaciones o supresión de miembros, tatuajes o taracos, pinturas y dibujos. El deseo de agradar o de aterrorizar no fué la única razón de esos sufrimientos voluntarios, de esas torturas y hasta de esas mutilaciones: la mayor parte de las tribus y en ellas cada persona tenían que precisar su individualidad, exponer su ori-

ponía sus títulos a la vista de todos sobre su cara o sobre su cuerpo. Por lo demás, en semejante asunto, la distinción buscada ocasionaba un afeamiento de la persona, porque así como por jactancia el civilizado se alaba de sus vicios o de sus crímenes, el salvaje se envanece de que a sus manos les falten falanges, de sus mandíbulas melladas, de sus labios distendidos por anchos aretes o de las cicatrices de su frente.

Con frecuencia también, el hombre que se desfigura o se mutila puede tener otras razones aparte de la vanidad o la identificación de la persona: el que está en duelo sacrifica voluntariamente una parte de su cuerpo al amigo o pariente que ha perdido, sea para seguirle en lo desconocido, al menos por un fragmento de su ser que haya vivido, sea para reconciliarse al volver al hogar el espíritu del muerto.

Se entremezclan varias causas que conducen al mismo objeto. Vemos, por ejemplo, que los amuletos destinados a proteger a los que los llevan contra todo sortilegio, son al mismo tiempo alhajas: el collar de coral que la elegante mundana se



HOMBRE TATUADO DE MOGEMOK  
(ISLA MACKENSIE, CAROLINAS)  
(Detrás)